

Políticas culturales y cultura política Notas a las Conversaciones

Rubens Bayardo

Estas notas surgen de la invitación que recibí de *Argumentos* para realizar una lectura crítica del texto “¿Qué es una política cultural y cuál es su relación con la cultura política?”, que transcribe la conversación mantenida entre Horacio González, León Rozitchner, Alejandro Kaufman y Gabriela Massuh, y fue publicado en el n° 4 de la revista. Más concretamente *Argumentos* propuso que el eje de la nota articulara las siguientes cuestiones ¿Cuáles serían los lineamientos de una política cultural hoy en Argentina? ¿Qué desafíos implica en la actualidad la gestión cultural? En principio debo decir que la pregunta por el ‘fundamento’ y la mirada filosófica que atraviesa buena parte de las conversaciones, corresponden a espacios ajenos al de mi especialidad y no entraré en ellos. Creo parcialmente aceptables algunas de las afirmaciones acerca del Estado, de la cultura como bálsamo, de la banalización de los contenidos, del lugar de los medios y su porción central en el poder. Debe descontarse entonces que también las considero criticables, y que las alusiones que haga en este texto provendrán de la perspectiva en la que estimo puedo escribir con rigor. Si bien estas notas procuran tener cierta autonomía, parto de la presunción que el lector conoce el diálogo que las precede.

La cultura y los derechos

Entiendo que la vinculación entre Estado y cultura tiene su sustento en una cuestión jurídica, que es el reconocimiento de los Derechos Económicos, Sociales y Culturales, establecidos en Pactos internacionales e incorporados a la Constitución Nacional. A diferencia de los derechos civiles y políticos, donde se reclama que el Estado no intervenga sino ante su violación, en el caso de los derechos económicos, sociales y culturales, se entiende que estos no pueden ser alcanzados y garantidos sino mediante políticas y prácticas activas que aseguren su implementación. De aquí que ya desde mediados del Siglo XX las políticas culturales públicas no son una opción, sino una obligación del Estado para con la ciudadanía. Esto no es muy distinto a lo que ha sucedido con otros dominios, como la educación, la salud, el medio ambiente. La falta de intervenciones del Estado, la ausencia de regulaciones, de hecho deja estos ámbitos librados a la ‘mano invisible’ del mercado, donde usualmente se cumple la ley del mas fuerte, y la invisibilización, la negación y hasta el exterminio del ‘otro’.

La cultura en nuestros días no es apenas un bálsamo espiritual capaz de obnubilar las penurias cotidianas, y/o una vitrina donde se enaltecen y purifican la política y los políticos. Como sostuvo en Florencia el Banco Mundial en 1999, 'la cultura cuenta', algo que en Brasil se expresó con fervor propagandístico en épocas de Fernando Henrique Cardoso: 'la cultura es un buen negocio'. Y por supuesto que no se trata sólo de las entradas cobradas en las boleterías de museos y teatros, sino de la escalofriante rentabilidad producida por la concentración diversificada de las industrias de la información, la comunicación y el entretenimiento, con sus vinculaciones a la artes cultas, el patrimonio, la moda, el diseño, el redesarrollo urbano, el turismo. Múltiples formas de la 'creatividad', que van desde los saberes y productos de poblaciones indígenas y tradicionales, pasando por las formas de la vida cotidiana estetizadas y depuradas de conflicto, hasta las últimas sofisticaciones de las NTIC, los nuevos materiales y las nuevas ciencias, son hoy objeto de negociaciones que las entienden cómo bienes y servicios 'culturales', transables en términos de 'derechos de propiedad intelectual'. Unas pocas megacorporaciones transnacionales cosechan la siembra de individuos y sociedades, patentando como propiedad privada los esfuerzos colectivos, y restringiendo su circulación pública a quienes puedan pagar por ellos.

La Organización Mundial del Comercio, tardío pero imbatible resultado de las presiones en pro del libre comercio entronizadas en el orden de post guerras, les ha facilitado el camino a las *majors* con sus leoninos Acuerdos sobre bienes, servicios y derechos de propiedad intelectual, convirtiéndose en la principal amenaza a los derechos colectivos, a la diversidad cultural y a la democracia. La Declaración Universal de la UNESCO sobre la Diversidad Cultural de 2001, no se comprende sin el trasfondo de esos Acuerdos perniciosos para las políticas culturales y las industrias nacionales. La preocupación por acordar prontamente una Convención Internacional con validez jurídica en la problemática, tampoco se entiende sin el peso ilevante que significaría la finalización de una Ronda de Doha exitosa en su objetivo de liberalización total del comercio. Esto terminaría de abrir las puertas al cine de Hollywood (con el que no se puede competir pues ya ingresa amortizado a costo cero), pondría freno a los subsidios que fomentan creaciones locales, y terminaría con los acuerdos de coproducción con otros países, que posibilitan la ampliación del mercado interno a 400 millones de hispanohablantes. Indudable y felizmente se detectan ciertas fisuras y contradicciones en el papel de los representantes de los Estados miembro en la OMC y en la UNESCO, pero el panorama es más preocupante que alentador.

De aquí, que desde mi perspectiva, aun cuando no pueda ignorarse la noción que ve al Estado como mecanismo de opresión de una clase sobre otras, menos todavía puede alimentarse la ilusoria bondad de su no intervención en las políticas culturales. En los tiempos que corren la utopía del libre mercado y la de la anarquía, oscurecen el hecho contundente que allí donde no llega el Estado, las condiciones de privación, de falta de derechos, y la imposibilidad de reclamo se vuelven mucho peores y oprimentes.

Las políticas culturales

Las políticas culturales son hoy formas de intervención sobre el desarrollo simbólico y económico, en sociedades que han reconocido formalmente los derechos culturales, y que han conferido centralidad a la cultura como esfera abarcativa de la producción económica y de la regulación política. Tras esta ampliación ilimitada de la cultura se encubre, con demasiada frecuencia, la promoción de soluciones mágicas a crisis que ameritarían otros tratamientos, y la generalización de clasificaciones falseadas que aceptan mejor reconocer a los grupos y a las personas como católicos, negros, y discapacitados, antes que como pobres, desiguales y explotados. Pero también las políticas culturales pueden bregar por la participación en la producción cultural, por el acceso democrático y pleno a los bienes y los servicios culturales, por la visibilidad y el reconocimiento de la diversidad cultural sin negar la desigualdad social, por el goce por parte de todos de los beneficios del desarrollo artístico, intelectual y tecnocientífico. Esto abre otro horizonte sobre la cultura como parte de los derechos humanos a ser respetados.

Para ello es prioritario en la actualidad tener conocimientos, tan fiables como rigurosos, del territorio sobre el que se aplican las políticas culturales, y sobre los resultados de las mismas, lo cual posibilita la toma de decisiones y la instrumentación de acciones informadas y contrastables. Generalizar los parámetros y criterios arbitrarios y personalistas usuales en la cultura, a otros dominios de la vida social, como la educación o la salud, supondría asumir riesgos inaceptables. Pero cuando se realizan estos esfuerzos desde el Estado, algunos adalides del mercado sacan a ventilar los fantasmas del despotismo. Así un economista liberal calificó de 'subsidio para futuros dictadores' al Sistema Nacional de Medición de Consumos Culturales conveniado entre el gobierno nacional y la Organización de Estados Iberoamericanos. Y el diario Ambito Financiero anunció como 'observatorio de Stalin' la creación del Observatorio de Industrias Culturales del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

Quienes anteponen la libertad del mercado y la propiedad privada a la ciudadanía, prefieren entender a la cultura como un solaz espiritual individual, oscureciendo que aunque ella es en principio producida en forma colectiva por grupos sociales, resulta apropiada privadamente, y comercializada al gusto de megacorporaciones mediáticas. Estas no solo obtienen ganancias extraordinarias de la cultura, sino que intervienen política y decisivamente en la conformación de las subjetividades y las identidades sociales. Por ello no toleran competidores capaces de disminuir sus beneficios, ni investigaciones que puedan cuestionarlos en pro de los derechos culturales de indígenas, migrantes, indigentes, minorías, a los que si no presentan como delincuentes, los dulcifican como mercancías de consumo turístico. No da igual mirarse en el espejo de Broadway, las arenas de la costa californiana y las grandes tiendas de Miami, que en el paisaje de desocupados, de cartoneros y de hambrientos que supimos conseguir. Por ello no es extraño que no encontremos lo que buscamos, si no sabemos qué estamos buscando, y que continuemos deshojando la margarita de '¿quiénes somos los argentinos?'.

Las políticas culturales del Estado en lo que refiere a industrias culturales y medios de comunicación son, y deben ser, un tópico central de la agenda contemporánea. En las intervenciones y regulaciones sobre este ámbito va la posibilidad de representarnos y presentarnos, de reconocer nuestra diversidad y de ser reconocidos por otros. Nada de esto será posible sin fomentar las creaciones y las producciones actualmente invisibilizadas por una desigual competencia con las *majors*. Pero sobre todo es necesario dar apoyo a la distribución y la comercialización de las pequeñas, medianas y grandes industrias locales, capaces de dar difusión y espacio público a nuestras propias formas expresivas y comunicativas en literatura, música, cine, artesanías, fiestas populares, etc. Este no es sólo un desafío identitario, sino que involucra dar y defender el trabajo de quienes viven en este territorio.

La gestión cultural

La gestión cultural es una mediación en los procesos productivos culturales, que involucra a distintos agentes, prácticas y racionalidades. Retoma diversos aportes disciplinarios e involucra teorías, pero está orientada al hacer, a la acción, en dominios como museos, teatros, centros culturales, edición, medios, etc. En nuestro medio se ha tendido a asociarla con la aplicación de algunas recetas de marketing, con el fin de lograr fórmulas exitosas que maximicen los beneficios económicos que rinde la cultura. La cultura genera ingresos, aumenta el PBI, paga

impuestos, sus exportaciones mejoran la balanza comercial, de hecho muchas personas trabajan y viven de ella, no siempre tan dignamente como sería de desear. La gestión cultural puede contribuir al mejoramiento del sector, acercar a creadores y productores, generar interlocuciones productivas, crear y ampliar mercados, promocionar legislaciones y tratados comerciales más adecuados a nuestras realidades. Pero también puede dar lugar a expresiones negadas y emergentes, facilitar la gestación de nuevas miradas, unir la reflexión a la diversión, romper con estereotipos y prejuicios, abrir espacios para la definición de necesidades inexpressadas, promover valores democráticos y ciudadanos.

Por eso a mi entender el principal desafío actual de la gestión cultural es afianzar una perspectiva no tecnocrática, que relacione la gestión de la cultura con políticas culturales a largo plazo y con finalidades sociales, que contribuyan a definir colectivamente qué clase de desarrollo queremos para nuestras sociedades. Esto supone valorar la cultura, más que por sus capacidades económicas salvíficas, o por su potencial de promover la 'inclusión cultural' de los excluidos económica y socialmente, por la asunción de una noción no instrumental de la cultura, es decir de un concepto que pondere sus valores intrínsecos y comunicativos. En tal sentido, es necesario avanzar y profundizar en los procesos formativos y de capacitación, de funcionarios y trabajadores culturales. Vinculando la gestión a la investigación, la acción a la reflexión crítica, es posible conceptualizar y comprender el sector en su complejidad y con sus interrelaciones, e implementar acciones culturales informadas, fundadas y evaluables, que son las que se necesitan en el presente si aspiramos a tener algún futuro deseable.